

## EL RÍO DEL OLVIDO DE JULIO LLAMAZARES: UN VIAJE A LOS ORÍGENES

ALBERTO CASTILLA  
Mount Holyoke College

El espíritu romántico, embargado de mitos de orígenes y de raíces, afirmó la metáfora del viaje como internalización del paisaje. Reanudada la ruta, siguiendo paradigmas medievales, hacia tierras exóticas, remotas, el antagonista ya no era, aunque pudiera parecerlo, la escena circundante ni las peripecias del viaje, sino la propia identidad. Para la mirada europea del siglo XIX, España llegó a ser el escenario romántico por excelencia, aunque las anotaciones de los visitantes contenían, con frecuencia, una flagrante mixtificación de aquella realidad. Pronto los escritores peninsulares descubrirían el engaño y ya a mediados de ese siglo, Carolina Coronado mostraría su indignación ante las distorsiones de Dumas. Llegó después, con el 98, una nueva mirada y redescubrimiento del paisaje, en el que se pretendía encontrar los vestigios del alma española. Particularmente, Azorín, en *Los pueblos*, *El paisaje de Castilla* y *La ruta del Quijote* (fruto de sus andanzas por España), mostraba las posibilidades narrativas y literarias del género, sin detrimento de su veracidad. Años después, y en el seno del trauma cultural provocado por la postguerra y el franquismo, se hace obligado mencionar el *Viaje a la Alcarria* de Camilo José Cela (*Revista de Occidente*, 1948) y dos libros publicados casi simultáneamente, *Campos de Níjar* de Juan Goytisolo y *Caminando por las Hurdes* de Antonio Ferrés y Armando López Salinas (ambos Seix Barral, 1960), viajes de sus autores por algunos de los más desheredados paisajes de España, en una línea próxima (especialmente los dos últimos) al realismo social que dominaba la literatura de esos años.

*El río del olvido* (Seix Barral, 1990) narra el viaje de su autor por los escenarios y paisajes de su infancia, a lo largo del legendario Curueño (un río «aunque bravío, pequeño y humilde como sus pueblos») que atraviesa los montes leoneses de norte a sur, en corte vertical, y cuyas aguas, tras confluir con las del Porma, nutrirán las del Duero. Desde Ambasaguas, punto de unión de ambos afluentes, el viajero inicia el ascenso a pie por la cuenca del río hasta su lugar de origen, cerca de Vegarada, a más de mil metros de altitud.

El río se abre paso entre montañas, las altas tierras de montaña del Curueño, entre las peñas de nombres míticos que lo circundan: paisajes milenarios de abrupta y deslumbrante presencia y de gran poder evocador, que conservan la belleza pura y antigua de la piedra y la memoria de la historia del tiempo. En torno a él, pueblos, aldeas y villorrios esparcidos por la montaña, apretados y humildes, de adobe, piedra y teja, de corto vecindario, en los que parecen confluir «todas las fuerzas ocultas que atemorizan al hombre desde el origen del mundo». Pueblos como Valdorria, entre peñas vacías, desoladas, en los meses de invierno sepultados en nieve, de alto índice de emigración, donde todo, salvo las penas, parece «caído y clausurado y olvidado». Tierras de humildes labradores, pastores y arrieros —los míticos arrieros argollanos, habitantes del alto valle del Curueño— de gentes y vecinos a los que «el hambre y la desesperación dispersaron de sus casas y alejaron de aquí».

El recorrido a lo largo del río revela una experiencia inspiradora de emociones estéticas y un paisaje tangible, cuajado de incidentes históricos. Por las aldeas y los caminos, el viajero escucha y anota historias milenarias, mitos y leyendas, recitadas por sus moradores: tierras un día asoladas por Almanzor en sus *razzias* al norte y cuya sombra, según la leyenda, todavía vaga a caballo, solitaria y errante. Historias medievales como la dama de Arintero, que hizo la guerra en el bando de Isabel, disfrazada de hombre, o la del esplendor y decadencia del balneario de Necedo (termas ya usadas por los romanos); historias de la guerra civil, como la espeluznante de Emiliano, el topo de la Mata, escondido, más bien sepultado, en el foso de una cuadra por varios años, hasta que remitió la represión franquista.

En el curso del viaje río arriba, el autor invierte los caminos de la memoria: «aquellos lugares donde estaba enterrada mi

niñez», es decir, retorno a los lugares de la infancia, vuelta al génesis, viaje a tierras no incógnitas a las que ve como antes no las vio.

En La Mata, el caminante había pasado todos los veranos de su infancia en su casa de labranza construida por su abuelo. En ese pueblo «aprendió a caminar y a descifrar los signos de la noche y el paisaje». Lugar entrañable en el que «los recuerdos familiares se confunden con las sombras de los árboles y en el que, cuando se fue, el viajero dejó enterrada la memoria». Después, pasa por la proximidad del que fuera el pueblo en que nació, Vegamián, ya desaparecido: una presa allí construida, excavada en roca, entre las peñas, lo cubrió con sus aguas para siempre. Y al fin, por el risco de la montaña, el viajero se remonta hasta el origen de su propia raíz, Llamazares, un pueblo situado a la sombra de la figura «pétrea y blanca» del Bodón, inmensa mole que recibe su nombre del dios celta de la guerra. En ese pueblo de sombras (cinco horas de sol en el verano y dos en el invierno) donde tiene el viajero su origen más primitivo y su euna y sus raíces más lejanas «observa a un hombre que en el huerto de su casa ha trazado un senderillo con sus pies de tanto ir y venir, tocando con sus manos una cuerda tensada entre dos polos, por el mismo sitio». En vislumbre de tema existencial, proyección o desdoblamiento de sí mismo, el viajero siente ser él como el ciego de Llamazares: «un hombre solo y abandonado que nunca deja de andar y jamás llega a ninguna parte». Por consiguiente, el autor plantea la exploración del curso del río como analogía del carácter y mentalidad de una cultura, y el discurso del viaje como búsqueda y reconstrucción de identidad: «Memoria de un paisaje que un buen día volvía a ver con la sospecha de haber regresado a un río y a un mundo desconocido y memoria de un camino que recorrí con la convicción cada vez más asentada de que los caminos más desconocidos son los que más cerca tenemos en el corazón». Experiencia de aproximación entre el paisaje externo e interno, a través de la cual se ve progresivamente reflejado en la sucesión de juego de espejos que es su viaje, en el paralelismo entre sujeto y objeto contemplado. Recuerdo y memoria, fusión y síntesis, búsqueda de identidad.

Se añaden a este tema otros vitalmente vinculados a él, y recurrentes en la obra de Llamazares, el de la extinción de una cultura y la progresiva disolución de la identidad individual y na-

cional. Ya en su primera novela, *Luna de lobos* (1985) planteaba el tema de la lucha por la sobrevivencia en condiciones extremadamente hostiles: dura y conmovedora historia de postguerra, de combatientes republicanos escondidos en los montes de Ilarga, en una atmósfera de terror y disolución, en su lucha por sobrevivir. Mientras que su segunda obra narrativa *La lluvia amarilla* (1988), nace en torno a la idea de un sentimiento inevitable de extinción: monólogo del último habitante de un pueblo del Alto Aragón, con evocación de episodios y personajes en el fluir de la memoria, y el creciente delirio del narrador en los umbrales de la muerte.

Al fin, el viajero llega al Alto de Vegarada, en cuya venta, antigua casa de arrieros y hoy refugio para pastores y vaqueros, que en el verano llegan allí con el ganado, se celebra la fiesta anual de los pastores, a la que asisten las gentes de toda la comarca: «Los hombres beben y ríen y cantan abrazados, ajenos por completo a la amenaza de la nieve, y a los aullidos de los lobos que ya empiezan, como la flor de la urz, a acercarse». Otra vez, el camino se nos revela como alegoría, como metáfora prolongada del peregrino y de la vida humana: camino laberíntico y tortuoso, de ejercicio ascético, jornada de pasaje hacia el buen fin, hacia un destino hermoso y placentero que ya no es Santiago, Roma o Jerusalén, sino (secularizado el primitivo tema religioso) el Alto de Vegarada, con su fiesta de los pastores. Allí, en esa fiesta de afirmación de una cultura y de fe en su sobrevivencia, el viajero, con paz y contento en el alma, llega al punto final de su destino, mientras va cayendo la noche.

A la manera azoriniana, el narrador-viajero escribe su relato en tercera persona, y así como el río es el elemento vertebrador del paisaje, es el viajero el hilo que enhebra las diferentes peripecias, sucesos y aventuras. El autor, revelando las calidades propias de explorador y transcriptor, de cronista y testigo, despliega un conocimiento vivo, directo y profundamente humano de ese fragmento del país y su historia, trazando un perfil casi anatómico de su cultura, con descripción exacta de las rutas que sigue, de las gentes que encuentra y moradas que habitan, subrayando la estrecha relación entre el hombre y el *hábitat*. Sintién dose heredero de ese paisaje y de esa historia, de esa «cultura de piedra, a la que él pertenece y a la que no ha renunciado», extiende su mirada hacia su sobrevivencia desolada, rescatándola, en las páginas de un libro magistral, del río del olvido.